

Pastoral Vocacional en la Civilización Urbano-Industrial Latinoamericana

Antonio González Dorado, S.J.

Juan Pablo II, en su discurso inaugural del Congreso Internacional de responsables de vocaciones eclesíásticas, afirmaba: "El problema de las vocaciones sacerdotales —lo mismo que de las religiosas, tanto masculinas como femeninas— es, y lo diré abiertamente, el problema fundamental de la Iglesia".

Dentro de la misma perspectiva, los Obispos reunidos en Puebla habían afirmado que "hay que dar a la pastoral vocacional el puesto prioritario que tiene en la pastoral de conjunto, y más en concreto en la pastoral juvenil y familiar" (P. 885).

El problema reviste especial dramaticidad en América Latina dado que "el crecimiento demográfico ha desbordado las posibilidades actuales de la Iglesia para llevar a todos la Buena Nueva. También por falta de sacerdotes, por escasez de vocaciones sacerdotales y religiosas, por las deserciones producidas, por no haber contado con laicos comprometidos más directamente en funciones eclesiales, por la crisis de los movimientos apostólicos tradicionales. Los ministros de la Palabra, las parroquias y otras estructuras eclesíásticas resultan insuficientes para satisfacer el hambre del Evangelio del pueblo latinoamericano. Los vacíos han sido llenados por otros, lo que ha llevado en no pocos casos al indiferentismo y a la ignorancia religiosa" (P. 78).

La situación se hace especialmente aguda cuando, trascendiendo el momento actual descrito por Puebla, miramos hacia el año 2000 en el que, según las prospecciones menos optimistas, la población latinoamericana alcanzará los 500 millones de personas frente a los 360 millones calculados en la actualidad. Sólo desde esta perspectiva es evidente la urgencia de establecer una válida pastoral vocacional especialmente en el campo específicamente sacerdotal.

Pero América Latina no sólo se encuentra abocada a una acelerada expansión demográfica, sino que simultáneamente se siente afectada en un profundo cambio cultural por el advenimiento de una "cultura urbano-industrial, inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías mencionadas" y con pretensiones de universal (P. 421). Esta nueva cultura pone "al descubierto problemas hasta ahora no conocidos. En su seno se trastornan los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, la organización del trabajo. Se trastornan, por lo mismo, las condiciones de vida del hombre religioso, de los fieles y de la comunidad cristiana" (P. 431).

Este cambio provoca en muchos un pesimismo ante el futuro vocacional en América Latina, dado que "el paso a la civilización urbano-industrial, considerado no en abstracto sino en su real proceso histórico occidental, viene inspirado por la ideología que llamamos secularismo" (P. 434), cuyos efectos son ya constatables principalmente en el continente europeo.

Sin embargo, no es momento para el pesimismo, sino para incrementar nuestra responsabilidad y nuestra esperanza en el campo vocacional. El Señor nos muestra con evidencia que "nuestro pueblo es joven" (P. 20), dado que "tenemos una población mayoritariamente joven" (P. 70), y "con deficiencias y a pesar del pecado siempre presente, la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, marcando su identidad histórica esencial y constituyéndose en la matriz cultural del continente" (P. 445). Como en otros muchos momentos de la historia, lo que sucede es que "la Iglesia se encuentra (...) ante el desafío de renovar su evangelización (...) en el cuadro de los nuevos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad" (P. 433). Y renovar su evangelización implica, consiguientemente, renovar también su pastoral vocacional en el contexto de una nueva civilización urbano-industrial con las características típicas con las que emerge en América Latina.

De esta manera Puebla, consciente del cambio cultural que se está produciendo en nuestro continente y de las dificultades que crea para la promoción de vocaciones sacerdotales tan necesarias en el presente y futuro inmediatos, no incide en un desesperanzado pesimismo, sino que nos invita a una reflexión responsable y práctica sobre el tema, con la confianza de que el Señor suscitará los sacerdotes que el pueblo necesita.

Pero, pastoral vocacional, y específicamente para el sacerdocio, implica dos vertientes fundamentales, complementarias entre sí. La primera atiende la promoción de nuevas vocaciones, actualizando en nuestro tiempo y en nuestras circunstancias el llamado de Jesús que se repite constantemente a través de la historia: "Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres" (Mt 4,19), y que culmina con la fundación del grupo de los doce discípulos (Mt 10, 1-4; Mc 3, 13-19). La segunda dimensión se abre a la formación de las vocaciones congregadas que, teniendo en cuenta las circunstancias culturales actuales, ha de tener como objetivo el conseguir sacerdotes válidos para el año 2000, año en el que, en el seno de una dominante cultura urbano-industrial, la Iglesia alentada por sus pastores ha de promover la civilización del amor, según la formulación de Juan Pablo II.

Sobre ambos aspectos deseo reflexionar con Uds., ya que nos encontramos reunidos responsables de la promoción vocacional y de la formación de sacerdotes en los Seminarios Mayores de los diferentes países de América Latina¹.

En el desarrollo del tema comenzaré por una reflexión teológico-pastoral, que nos sitúe en una perspectiva neo-testamentaria. A conti-

(1) Esta conferencia fue dictada en el II Congreso Latinoamericano de Pastoral Vocacional, celebrado en Bogotá en noviembre de 1982.

nuación intentaré ofrecer una caracterización sencilla de la civilización urbano-industrial, y más en concreto de la civilización urbano-industrial latinoamericana, y de la Iglesia urbana. Por último, abordaré los puntos de reflexión sobre la pastoral vocacional "en el cuadro de los nuevos condicionamientos que la sociedad urbano-industrial crea para la vida de santidad" (P. 433).

I. Reflexión Teológica para una Pastoral Vocacional Adaptada

Los testimonios de las primitivas comunidades cristianas, conservados en los escritos del Nuevo Testamento, nos ofrecen pistas interesantes para encarar desde una perspectiva original de revelación la problemática de la pastoral vocacional que enfrentamos en este momento.

Las características de la vocación de S. Pablo nos ayudarán a comprender las exigencias de adaptación de una pastoral promocional de vocaciones en un momento de cambio cultural muy similar al nuestro. La pedagogía de Jesús con el colegio de sus discípulos nos puede servir de pauta para la formación de vocaciones sacerdotales que han de ejercer su ministerio en un contexto cultural bien diferente al de su procedencia original.

Pablo, Hombre de una Cultura Urbana Cosmopolita

Pablo es el caso típico de una vocación apostólica y sacerdotal de un hombre encuadrado en la característica cultural urbano-comercial-imperial de su época, en la que sobresale la corrupción ambiental y la inhumanidad del sistema dominante, como en repetidas ocasiones aparece en sus escritos. Esta cultura define perfectamente el modo de ser de Pablo. En ese hombre se fijan los ojos de Jesús y lo constituye su Apóstol. Más aún, una vez que Pablo se sienta iluminado y liberado por su fe, su mismo esquema cultural va a permitir una acelerada comprensión de la riqueza de mensaje cristiano, y una asimilación de métodos que facilitan la rápida expansión del cristianismo en su primera etapa. Pablo será el impulsor del cristianismo urbano en el Imperio Romano y el promotor de vocaciones sacerdotales dentro de dicho contexto. Analicemos el caso.

Saulo o Saúl era un israelita de la diáspora, benjaminita (Fl 3,5; Rom 11,1), natural de Tarso, ciudad portuaria de la Cilicia, en la costa sur del Asia Menor (Act 22,3). El ambiente en el que nace era muy diferente al que se vivía en Galilea e incluso en Jerusalén. Tarso era una típica ciudad comercial y naviera del Imperio, abierta al comercio internacional, a donde llegaban mercaderes extranjeros de las ciudades más importantes.

Saulo habla griego y arameo (Act 21,37.40; 26,14). Se reconoce como fariseo (Act 23,6; 26,5; Gal 1,13; Fl 3,6), formado por Gamaliel en Jerusalén y educado "en todo el rigor de la Ley de nuestros padres" (Act 22,3). Pero con la misma entereza se presenta como romano y con ciudadanía romana por nacimiento ante el oficial que le interroga (Act 22,25-29; 16,37; 23,27).

Como ha escrito J. Holzner, "el mundo exterior del joven Saulo era el de la cultura griega, de la lengua universal griega y del municipio

griego. En todas partes pululaban maestros y artistas del decir y predicadores de sabiduría, los cuales (...) iban de lugar en lugar y daban lecciones en poblaciones extranjeras. Este mundo intelectual, moral y artístico existía en todas partes y en todas partes era de actualidad. Nadie podía sustraerse a su influencia. Y el hombre que escribió más tarde: "Examinadlo todo y quedaos con lo bueno (1 Tes 5,21), se acomodó ciertamente a él muy pronto" (San Pablo heraldo de Cristo, Buenos Aires 1945, pp. 4 y 5).

Su época estaba dominada por el horizonte de la paz octaviana y por el ideal de la integración imperial de toda la ecumene mediterránea.

Dadas las condiciones de los judíos en Tarso, podemos afirmar que Saulo no vivía en el clásico ghetto, pues no se mantenía allí una separación rigurosa entre gentiles y judíos. Pero desde el punto de vista religioso, en medio de una ciudad pluralista y tolerante, él pertenece a la comunidad judía, donde es educado en el rigor de la sinagoga, y donde "conoció la posición excepcional de su pueblo entre las naciones" (Holzner, O.c., p. 8). Sin duda que los ideales de la paz octaviana y de la integración imperial de todos los pueblos debían ser vistas por él bajo una nueva luz con la lectura de los textos de Isaías (Is 60 ss.).

El ambiente de corrupción se extendía por toda la ciudad y penetraba en la propia comunidad judía, como él mismo reconocerá. Era fervoroso en su religiosidad (Act 22,3) y fiel en el cumplimiento de las leyes romanas y judías, quedando situado de esta manera en el sector de los ciudadanos honestos. Pero, la inhumanidad y la dureza del sistema también lo dominaban como se demostrará con su presencia en el apedreamiento de Esteban (Act 7,59), y en su rigor en la persecución contra los cristianos (Act 8,3; 9,1-2).

Saulo aparece de esta manera como un joven situado en la avanzada cultural de su época. Orgulloso de su ciudad (Act 21,39). Educado en un ambiente cosmopolita, urbano y comercial, en su interior es simultáneamente judío, griego y romano. Sueña con una paz integradora universal, pero su confianza la apoya en el cumplimiento riguroso de las leyes y en la fuerza de las armas. Pedagogía y milicia eran probablemente los grandes caminos que se abrían ante el idealista y honesto joven Saulo.

La sorprendente aparición de Jesús a Pablo (Act 9,13) llevaba ya el germen de su específica vocación apostólica, como él mismo lo manifestó en su declaración ante el rey Agripa (Act 26,1-23; 9,15).

Pero es interesante el advertir cómo el llamamiento de Jesús en Pablo, si por una parte le conduce a una dura crítica del mundo cultural del que procede, por otra parte se encarna y adapta a ese mismo sistema cultural en todos sus valores positivos, y con la capacidad de asimilar para el servicio del mensaje y de su compleja sociedad sistemas propios de su cultura urbana y comercial.

El modo de proceder de Cristo con él, no por ajusticiamiento sino por llamamiento amoroso a la conversión, le permite descubrir los errores fundamentales de su mundo externo e interno. Se le desarrolla una conciencia crítica indiscriminada tanto para las desviaciones de la cultura grecorromana (Rom 1,18-32) como para la judía (Rom 2,17-29), de tal manera que no tiene reparo en afirmar que "todos, judíos y paganos, están bajo el dominio del pecado" (Rom 3,9), en el tenebroso régimen

de la ley y de la muerte (Rom 5,12-21).

La muerte de Jesucristo como camino para salvar y convertir a los culpables, le descubre el significado del amor (1 Cor 13) y del mandamiento del amor al prójimo en el que se resume toda la Ley (Gal 5,14).

Pero hecho este descubrimiento, en ningún momento por su nueva vocación se siente alejado de su propia cultura y de su propia época. Por el contrario encuentra una misión que realizar en ella y desde ella.

El proyecto romano, en sintonía fundamental con el isaiano, de la paz e integración universal, Pablo lo percibe afirmado y transcendido en Cristo, porque Dios nos ha revelado "su designio secreto, conforme al querer y proyecto que El tenía para llevar la historia a su plenitud: hacer la unidad del universo por medio del Mesías, de lo terrestre y de lo celeste" (Ef 1,9-10). Más aún, superando las diferencias políticas de la época, descubre que Cristo "de los dos pueblos hizo uno, aboliendo en su carne la Ley de los minuciosos preceptos; para con los dos, crear en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, reconciliarlos con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad" (Ef 2,14-16). De tal manera que "ya no hay más judío ni griego, siervo ni libre, varón ni mujer, dado que vosotros hacéis uno con Cristo" (Gal 3,28). Sin embargo, este ideal no le hace olvidar la complementariedad que tiene que darse en la sociedad y que se evidencia en la necesidad de la diversidad de funciones características de una vida urbana (Col 3,18-4,1).

Para Pablo se hace estimulante este nuevo proyecto de Dios en su mundo —proyecto simultáneamente de renovación profunda y de fidelidad a su cultura y a su época—, de tal manera que acepta con alegría la vocación al apostolado recibida de Dios (Rom 1,1).

Pero, la realización concreta de esta vocación la encarna en los sistemas culturales de Tarso: viajero incansable, se dirige a las grandes ciudades del Imperio, repitiendo —aun con otro contenido—, la imagen de los maestros que establecían su cátedra de ciudad en ciudad. Funda pequeñas comunidades cristianas en medio de ciudades donde se pluralizan las comunidades religiosas en un ambiente de libertad. Pero, a diferencia de las comunidades judías de Tarso, y conforme a los nuevos ideales, en ellas se integran las personas más diferentes dentro de un régimen de gran libertad para celebrar la esperanza de Cristo y la presencia del Espíritu. Pero se establece una organización y un orden, que ha de ser mantenido por ciertos dirigentes, que serán los primeros presbíteros y obispos, imitando los sistemas reinantes y conocidos.

Su descubrimiento de Cristo unido a su experiencia urbano-cosmopolita le permite diseñar un tipo de hombre nuevo con características muy especiales. Supuesta la fe en Cristo, es un hombre que descubre a un Dios sin acepción de personas (Rom 2,11), y que exige indiscriminadamente el amor a todos los hombres (1 Cor 13,4-8), hasta vencer el mal a fuerza de bien (Rom 12,21). Ha de ser intachable en su conducta y en el cumplimiento de sus obligaciones (Col 3,5-4,6); Ha de ser buen ciudadano por motivos de conciencia (Rom 13,1-10); trabajador —de tal manera que "el que no quiera trabajar que no coma" (2 Tes 3,14)—; dedicándose cada uno plenamente a su misión y actividad específicos (Rom 12-4-8); abierto a todo hombre, sin atender a las diferencias (Col

3,11); liberal en lo opinable (Rom 14,5-12) y en las prácticas puramente exteriores (Rom 2,25-29). "En resumen: esmerémosnos en lo que favorece la paz y construye la vida común" (Rom 14,19).

Si detrás de todo este pensamiento paulino está sin duda la revelación de Dios y su palabra, se encuentran también los esquemas y la sabiduría urbanas de una típica ciudad de la época imperial romana. En ellos hizo Jesús su presencia vocacional a través de Pablo, con una incalculable trascendencia para la primera expansión del cristianismo y con un vigor en la promoción de vocaciones sacerdotales y urbanas, que se constituyeron en los primeros dirigentes de las comunidades cristianas establecidas en las ciudades del imperio.

Sin duda que para los cristianos establecidos en Israel debía haber una gran desconfianza en la promoción de vocaciones directivas cristianas provenientes de las corrompidas ciudades del Imperio. Más aún, pronto descubrieron la mentalidad liberal de estas nuevas vocaciones y temieron la falta de fidelidad a las tradiciones y a las exigencias de la misma revelación. Pero, en el proyecto de Jesús, fue Pablo, el urbanita de Tarso, el que tenía que evangelizar en el evangelio de la libertad y el amor a la misma comunidad matriz de Jerusalén.

Un desafío similar es el que nos encontramos en la actualidad. Y a la luz del acontecimiento paulino nos preguntamos con esperanza, ¿cómo promover las vocaciones en los nuevos condicionamientos de nuestra histórica civilización urbano-industrial?

Jesús Formador de Apóstoles para una Cultura Nueva

Otra problemática bien diferente era la que se le planteaba a Jesús con el grupo de vocaciones que reúne en su colegio de discípulos, de donde tenían que salir los Apóstoles: el problema de su formación.

Pablo y los Doce son todos hebreos de sangre y de religión, pero los contextos y experiencias culturales en las que han nacido y se han desarrollado son bien diferentes. Sin embargo, su vocación y su misión iban a ser idénticas, y fundamentalmente era el mismo el mundo al que tenían que evangelizar.

El problema es fácil de exponer: los discípulos primeros, hombres arrancados de un contexto tradicional judío, con el que se sentían profundamente identificados, como aparece en muchos pasajes, tenían que ser sistemáticamente preparados por Jesús para introducirse en un mundo complejo, en el que, superados sus prejuicios raciales, religiosos y nacionalistas, integrasen en una nueva fe y en unas nuevas comunidades, por la fuerza de la palabra y del testimonio, a judíos y a gentiles con evidentes posibilidades de ser rechazados y perseguidos por todos. Fidelidad a Cristo, audacia evangelizadora y martirio son las notas que caracterizan la historia de los hombres formados por Jesús, y que tuvieron que afrontar su ministerio en un paisaje muy diferente al del lago de Genesaret, donde transcurría su vida cuando se encontraron por vez primera con el Maestro.

El contexto económico, social, político y religioso de la Palestina de Jesús y de los Doce, ha sido recientemente bien presentado por Gerd Theissen en su obra "Sociología del movimiento de Jesús" (Santander,

1979). Era una situación bien diferente de la de la ciudad de Tarso. País religiosamente uniforme —a excepción de los extranjeros invasores—, de marcado carácter teocrático, y en una difícil situación económica y política, se replegaba peligrosamente sobre un pasado restauracionista, poniendo su esperanza en la venida de un Mesías-Rey con capacidad política y militar, apoyada en la fe en Yahwé, que salvaría a su pueblo.

La mayoría de los Doce —quizá con la excepción de Mateo y de Judas Iscariote—, son vocaciones de campesinos y pescadores fuertemente identificados con las ideas corrientes, y padeciendo en sus vidas la situación generalizada. Se les advierte reciamente religiosos, aunque un poco preocupados ante los pequeños legalismos (Mt 12,1-2; 15,1-2 etc.).

Su encuentro con Jesús les hace sospechar que se han encontrado con el Mesías, tal como está imaginado por la mayoría del pueblo. Natanael afirma ya en el primer encuentro: "Rabí, tú eres el hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel" (Jn 1,49). Por ese motivo no se extrañan de sus exigencias, pero simultáneamente buscan y esperan los puestos importantes de la futura situación (Mt 20,21), y no se olvidan de preparar algunas espadas (Lc 22,38). Se advierte su desilusión conforme se desvanece su proyecto sobre Jesús (Jn 6,67; Lc 24,21). E incluso en el día de la ascensión, todavía preguntan obstinadamente: "Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino para Israel?" (Act 1,6).

Incluso después de la venida del Espíritu Santo se advierten las dificultades en superar el conservadurismo judaizante (Act 11,1-18) y que culmina en el denominado Concilio de Jerusalén (Act 15).

No debió ser fácil el proceso pedagógico para conseguir en los nuevos Apóstoles el paso de una fe mediatizada por determinadas imágenes culturales localistas a una fe renovada por la palabra de Jesús; de una cultura tradicional y restauracionista a una cultura abierta, integradora y liberadora. Sin embargo el resultado fue positivo, de tal manera que escribirá S. Pablo: "Fuistéis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, con Cristo Jesús como piedra angular" (Ef 2,20).

Conclusiones

Estos dos bloques de hechos, que encontramos en el Nuevo Testamento, nos ponen en pista para enfrentar nuestro trabajo.

Nos preguntamos sobre la promoción de vocaciones sacerdotales en los condicionamientos de una nueva cultura urbano-industrial con carácter de universal. La vocación de Pablo nos abre horizontes sobre su posibilidad, sobre la metodología a seguir, e incluso sobre su importancia para una mejor comprensión del mensaje y para facilitar el desarrollo de su dinamismo evangelizador.

Otro problema que se nos plantea es el de las vocaciones rurales y campesinas que acceden a nuestros Seminarios, y que en el año 2000 tendrán que actuar como sacerdotes en un contexto marcadamente urbano-industrial. El caso de Jesús con los Doce nos indica la exigencia de establecer una pedagogía adecuada que los prepare para esa nueva situación.

Pero de los grandes principios teológicos tenemos que descender a nuestra realidad y descubrir una implementación adecuada.

II. Caracterización de la Civilización Urbano-Industrial

Ante todo es necesario una comprensión, al menos aproximativa, de qué es la civilización urbano-industrial tanto desde sus perspectivas positivas como negativas.

A manera de preámbulo, es necesario recordar que la civilización urbano-industrial, aunque tiene su exponente más característico en las ciudades, no se refugia exclusivamente en ellas —originando la falaz dicotomía entre cultura rural y urbana—, sino que es una forma de vida y de convivencia humana que engloba simultáneamente la ciudad y la zona o región que la ciudad centraliza mediante las denominadas funciones o servicios urbanos. Por ese motivo, toda la región en conexión vital con la ciudad, y lógicamente la misma urbe, vive bajo el signo de lo urbano, y consiguientemente toda esa amplia población humana relacionada entre sí ha de ser denominada urbana, aunque se mantiene una distinción entre la población rural y la urbanita.

Dicha conexión en la actualidad es mucho más evidente por el incremento de la comunicación —tanto vial como informativa— entre la ciudad y su región, y por la progresiva industrialización de las ciudades que les permiten ofrecer no sólo los clásicos servicios del sector terciario, sino también abundancia de productos manufacturados propios del sector secundario. Desde este punto de vista, Puebla acertadamente ha afirmado que es en las ciudades donde se están gestando los nuevos modos de cultura (P. 441), y desde donde se transmiten al resto de la población, siendo también las nuevas ciudades industrializadas el motor de la nueva civilización (P. 429).

Características Generales

Si en los límites de una simplificación pretendemos caracterizar la civilización urbano-industrial, tres son los rasgos, a mi juicio, más significativos: la conciencia globalizadora de la comunidad humana, el incremento de la capacidad creadora del hombre, y la exigencia de defender e incrementar los márgenes de libertad y personalización.

La primera característica es la conciencia globalizadora de la comunidad humana.

En efecto, partiendo del fenómeno urbe, ésta se constituye por una importante concentración humana en un determinado punto del espacio. La propia población urbanita —es decir, la que vive en la ciudad—, tiene que organizar y elaborar su propio medio ecológico humano —la urbe—, que simultáneamente tiene que responder a dos exigencias: la de ser "habitat" e instrumento de trabajo para sus ciudadanos. Esto origina una *conciencia colectiva*, que identifica a cada ciudad, por la que los habitantes afirman que pertenecen a tal ciudad —es decir, a tal comunidad urbanita—, considerando sus logros y sus fracasos colectivos como propios. Esta conciencia, cuando es plenamente positiva implica el reconocimiento de responsabilidades comunes, y la exigencia de una participación y comunión en las decisiones que afectan a la colectividad.

Más aún, lo típico de dicha comunidad es la conciencia de las especializaciones complementarias de sus habitantes. Todos se necesitan

mutuamente, y según los servicios que cada uno presta, se exige responsabilidad, competencia y disponibilidad. Por último, es necesario establecer un sistema regulado y coherente de relaciones que determina el grado de organización de una ciudad.

Pero, el hombre urbanita no sólo es consciente de ser miembro de la amplia comunidad ciudadana. La ciudad, por su misma naturaleza lo relaciona con la más amplia comunidad regional, de la que ésta se abastece y a la que tiene que prestar sus servicios. Toynbee, en su obra "Ciudades en Marcha" (Madrid 1973), afirma cómo la mayoría de las primitivas ciudades se establecieron con el compromiso de la defensa militar —fortalezas—, y facilitando las relaciones comerciales en la región —mercados—.

El actual sistema mundial, concientiza al hombre que tanto su comunidad urbanita como la regional, se encuentran en estrecha dependencia con otros centros y ciudades, como especialmente lo significó Christaller, dándole conciencia al hombre urbano de lo que hoy se denomina ciudadanía del mundo.

La segunda característica viene dada por el incremento de conciencia de la capacidad creadora del hombre, especialmente cuando trabaja organizadamente. En este punto ha tenido una importancia decisiva la industrialización de las ciudades.

Mediante la industria, los hombres organizados en un proyecto común, se sienten con una capacidad creadora inédita, que se manifiesta principalmente en la novedad y abundancia de los productos manufacturados.

Esta conciencia, principalmente generada en las ciudades, conduce al hombre urbano de su capacidad de producción y transformación de bienes al protagonismo histórico, proceso secularizador en el que el hombre se siente responsable de la marcha y modelación de la historia, sintiéndose herido en su dignidad humana cuando es reducido a la función de mero instrumento o pieza. Por ese motivo, la tradicional democracia de las ciudades griegas, toma hoy una fuerza inaudita en todos los medios urbanos, con la exigencia del paso de las democracias formales a las reales.

La tercera característica de la civilización urbano-industrial es la exigencia de la libertad humana. Este valor viene postulado por fenómenos diferentes.

El mismo volumen demográfico de las ciudades exige una cierta tolerancia y un respeto a la privacidad, para que sea posible una convivencia. Por eso la ciudad, de suyo, tiende a ser permisiva para la expresión libre de cada persona.

La rígida organización objetiva que impone el sistema urbano para su buena marcha, ha de ser compensado con otro sistema en el que se favorezca la originalidad, la libertad y la intimidad de los ciudadanos. Así en la ciudad se tienden a multiplicar las asociaciones libres, en las que los ciudadanos se encuentran por sintonías libres y personales.

Igualmente, la trascendencia que implica para todos los ciudadanos las decisiones globales sobre la urbe, o las tendencias de algunos de sus sectores o funciones más importantes —dada la estrecha interrelación entre todos los componentes factoriales de la ciudad—, exigen una gran

libertad para la expresión y la información que simplificativamente se suele denominar como libertad de prensa y de expresión.

La coexistencia de perspectivas e intereses contrapuestos exige la libertad para la creación de asociaciones específicas e intermedias etc., que equilibren los intereses y los derechos de todos.

De esta manera, la ciudad queda caracterizada por la exigencia de la libertad y de su consecuente pluralismo.

Detrás de estas tres características ciudadanas se encuentra, lo que he llamado en otras ocasiones, el ethos y el humanismo de la civilización urbano-industrial, que si estuviera regido por el principio normativo del bien del hombre y del amor al prójimo nos encontraríamos en los umbrales de una hierofanía urbana.

Desviaciones de la Civilización Urbano-Industrial

De hecho, la civilización urbano-industrial nace en el seno de la cultura occidental y, desde un principio, queda marcada por una serie de factores negativos, que en el lenguaje paulino se designarían como el pecado de la nueva civilización.

Dos factores negativos han influido especialmente en la configuración de la civilización urbano-industrial: el individualismo —que en su formulación grupal se transforma en clasismo—, y el economicismo, que instrumentaliza al hombre en función del complejo fenómeno económico. Ambos factores unidos han provocado una inversión de valores que fundamentalmente entran en conflicto con el humanismo y el ethos urbano-industrial. Se manifiesta en la aguda problemática y en los conflictos sociales, que tienden a radicalizarse en los denominados ideologismos. Y desde el punto de vista religioso, dan origen a la aparición del secularismo (P. 434-436).

Esta situación origina una constelación de fenómenos concomitantes bien conocidos de todos, como el consumismo, el erotismo, la ambición por el poder y la riqueza, y la violencia en sus manifestaciones más variadas.

De hecho, estos elementos entran también a formar parte del modo de ser y de las actitudes de la civilización urbano-industrial histórica, situándola en una violenta contradicción interna que hace que se sienta amenazada mortalmente desde muchos aspectos. De nuevo nos encontramos con el binomio paulino "pecado-muerte" en el seno de nuestra civilización.

III. La Civilización Urbano-Industrial en América Latina

El fenómeno urbano-industrial es relativamente tardío en América Latina. Se puede afirmar que se continentaliza con fuerza a partir de 1945, y aparece bajo el signo de múltiples tipos de dependencia.

Antecedentes Culturales Autóctonos

La cultura latinoamericana —en su significación más estricta— se genera en ámbito colonial, en convivencia pluricultural y en proceso progresivo de cristianización.

El sistema colonial favoreció especialmente el desarrollo de la minería y del sector agropecuario, originando ciudades principalmente administrativas y portuarias que aseguraban la conexión con las metrópolis y la organización interna del continente.

Desde un principio el régimen colonial se estableció sobre la pluriculturalidad —aceptación de culturas aborígenes y africanas— que favoreció el mestizaje, pero con sometimiento de las culturas colonizadas a la cultura metropolitana, mediante los sistemas establecidos de encomienda para los amerindios y de esclavitud para los negros traídos del África.

La expansión rápida del cristianismo, desde un punto de vista estrictamente sociológico, promovió ciertos niveles de integración continental dentro de la pluriculturalidad, fácil de advertir actualmente en América Latina, pero sin conseguir la igualdad necesaria, dando validez para el pasado la afirmación hecha en nuestros días por Puebla: “en pueblos de arraigada fe cristiana se han impuesto estructuras generadoras de injusticia”, de tal manera que esta constatación aparece a los Obispos como “un índice acusador de que la fe no ha tenido fuerza para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social y económica de nuestros pueblos” (P. 437).

La independencia política del continente no cambió fundamentalmente el esquema. En general, se mantuvo una dependencia exterior económica, aunque cambiando los centros metropolitanos, y se introdujeron las ideas del liberalismo religioso principalmente en las élites, mientras el pueblo mantenía su religiosidad principalmente a través de la compleja catequesis de la religiosidad popular.

Advenimiento de la Nueva Civilización

Sobre esta cultura viene a instalarse tardía y exteriormente la nueva civilización urbano-industrial, fenómeno que unido a una ya crónica crisis rural, aceleran un rápido crecimiento urbano, que adquiere las características de caótico.

Muchas ciudades se configuran externamente a otras similares en zonas de subdesarrollo o en vías de desarrollo. Su industria, su sistema de comunicación y de información —desde aspectos muy variados—, su economía y su sistema financiero están condicionados por centros poderosos del exterior, que Puebla ha denominado como grandes potencias, limitando las capacidades de autodeterminación y de autogestión de la propia comunidad urbana.

Este hecho, por diferentes razones, genera un conjunto de fenómenos enlazados entre sí que entran en abierta contradicción con el ethos urbano. Surge el parasitismo de las ciudades sobre sus regiones funcionales, imponiéndoles simultáneamente los modelos economicistas, lo que provoca una huida del campo cada vez más inhumana y con menos posibilidades, produciéndose una inmigración masiva y descontrolada a las ciudades. Las ciudades a su vez se sienten invadidas y, bien por su propia limitación interna, bien por las rígidas normas del economicismo por las que se rigen, en ellas se origina una desproporción entre población y trabajo, surgiendo una inmensa masa desocupada. Esta desocupación a veces queda

encubierta por el comercio-hormiga, por los pequeños servicios de sobrevivencia, incluso por el incremento de una burocracia inútil. Son secuelas de esta situación, el desarrollo de la prostitución, de la criminalidad, de la mendicidad etc.

Urbanísticamente se originan los enormes cinturones de los denominados barrios marginados, con frecuencia con establecimiento de mera ocupación por parte de sus habitantes, y caracterizados por la inhumanidad de la vivienda, por la ausencia o precariedad de los servicios e, incluso, por su inseguridad interna. Frente a ellos suele surgir uno o varios grandes centros, en los que se concentran los grandes bancos, los lujosos comercios y centros de diversión. Y en estratégicos lugares se construyen los "barrios residenciales", que en parte por las exigencias de los nuevos sistemas viarios ciudadanos, en parte buscando su aislamiento y seguridad, comienzan a estructurarse en los denominados polígonos.

Todos estos fenómenos conducen a la población urbana a un punto crítico de contradicciones y caos, que se traduce en conflictos sociales, cuya dinámica se procura aminorar con soluciones precarias y coyunturales —insuficientes desde el punto de vista del ethos urbano—, con campañas antinatalistas —que con el tiempo pueden complementarse con la propagación del eutanatismo—, y con la violencia, bien represiva, bien revolucionaria según las diversas situaciones y posibilidades.

Juicio y Desafíos para la Iglesia

Y todo esto sucede en un ambiente que caracteriza típicamente a nuestras ciudades y a nuestro continente: convivencia pluricultural con una predominancia lingüística del español o del portugués; altos porcentajes de juventud; y pertenencia ampliamente mayoritaria al catolicismo con generalizadas expresiones de religiosidad popular.

Los Obispos con intuición pastoral, han presentado el cuadro de estas ciudades latinoamericanas en su Documento de Puebla. Afirman que "crecen desorganizadamente con peligro de transformarse en megápolis incontrolables en las que cada día es más difícil ofrecer los servicios básicos de vivienda, hospitales, escuelas etc., agrandándose así la marginación social, cultural y económica" (P. 71 y 121). Subrayan en su contemplación "la creciente brecha entre ricos y pobres", de tal manera que "el lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas" (P. 28). Insisten en repetidas ocasiones que "la situación de inhumana pobreza en que viven millones de latinoamericanos (...) no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de miseria" (P. 29-30), y las valoran ética y dinámicamente como "estructuras generadoras de injusticia" (P. 437), lo que hace que "desde el seno de los diversos países está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos" (P. 87). Estos fenómenos, dinamizados con las corrientes ideológicas de marcada raíz materialista y economicista que imperan o se propagan por nuestras ciudades (P. 542-550), amenazan con

una violencia globalizada y fratricida (P. 531) con consecuencias inimaginables.

Desde el punto de vista religioso, las ciudades aparecen llenas de cristianos y de juventud cristiana, surgiendo la necesidad "de evangelizar y catequizar adecuadamente a las grandes mayorías que han sido bautizadas y que viven un catolicismo popular debilitado" (P. 461); pero constatando simultáneamente que "el crecimiento demográfico ha desbordado las posibilidades actuales de la Iglesia para llevar a todos la Buena Nueva" (P. 78).

Simultáneamente los Obispos han subrayado la zona de escándalo: En un pueblo cristiano la fe no ha tenido vigor para penetrar las estructuras sociales y el liderazgo ideológico (P. 457), mientras amenaza la propagación del secularismo (P. 434).

La nueva civilización industrial-urbana en América Latina enfrenta a la comunidad humana con dos graves amenazas: la violencia fratricida y la crisis de la fe. Estos son también los grandes desafíos de nuestra Iglesia. Y en ese duro contexto se centra nuestra problemática, considerada como fundamental por Juan Pablo II, y como prioritaria por Puebla: la pastoral vocacional en los nuevos condicionamientos de la nueva civilización urbano-industrial latinoamericana.

IV. La Iglesia Urbana en América Latina

Hasta este momento hemos presentado esquemáticamente, dentro de su complejidad, el contexto urbano-industrial en el que se ha de desarrollar la pastoral vocacional, tanto en su vertiente promocional como en la formativa de los actuales seminaristas y futuros sacerdotes.

Pero, hay otro factor que condiciona una correcta pastoral vocacional, especialmente cuando se trata de pastoral vocacional para los ministerios ordenados y para la vida consagrada: el concepto, el modelo y la realización de Iglesia con la que nos encontramos comprometidos, y para la que se convocan las vocaciones, y para las que se las forma y prepara.

El tema es extraordinariamente complejo y amplio para poder ser abordado en esta ocasión en toda su amplitud. Para los que tengan más interés, me remito a un artículo que recientemente he publicado con el título: "Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades de América Latina². Sólo recojo algunas notas que me parecen fundamentales, y que de una forma eminente se han de vivir en los ordenados y consagrados en la Iglesia.

La primera nota es la perfecta identificación de la Iglesia con su propio ser y misión en la interioridad de la civilización urbano-industrial, para que procure ser lo que debe ser, y al mismo tiempo sea fácilmente identificable por los que se encuentran fuera de ella.

Su identificación le ha de venir dada, en primer lugar, por su conciencia de ser una comunidad congregada por la fe en el nombre del Señor, de tal manera que sea consciente de que en el fervor, la obediencia

(2) Medellín 33 (1983) 89-116.

y la fidelidad a Jesucristo, es donde se encuentra el fundamento de su fuerza y de su esperanza.

Otro rasgo muy importante de su identidad ha de ser su libertad para recibir a todo tipo de personas que, invitadas por el Señor Jesús, solicitan su incorporación a la Iglesia, sean considerados como justos o como pecadores por la sociedad envolvente e incluso dominante, con tal que quieran vivir conforme a las exigencias del Evangelio. Como en las comunidades paulinas, la Iglesia ha de ser un lugar privilegiado donde se inicia la reconciliación entre los hombres.

La segunda nota de una Iglesia urbana ha de ser su clara visibilización como cuerpo de salvación integral y comunitaria de la agrupación urbana, a partir del doble principio teológico: la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, y Cristo es el que ha venido no para ser servido sino para servir, buscando la salvación integral y comunitaria de todos.

Esta postura abierta salvará a la Iglesia del riesgo de un ensimismamiento egoísta, y demostrará su clara vocación comunitaria misionera.

Tercera nota es la aceptación de su modesto puesto sociológico en el tejido de la civilización urbano-industrial, como asociación libre específicamente religiosa.

Como asociación libre ha de reconocer y aceptar con alegría que su lugar no se encuentra en los vértices de la autoridad secular ciudadana, sino en la base de la comunidad humana, sin pretender situaciones privilegiadas que no le corresponden. Pero defendiendo el derecho a ser reconocida como tal asociación y respetada en la autonomía característica de toda asociación libre, que en este caso viene dada y definida por el mismo Jesucristo.

Como asociación religiosa sabe que su influjo en la ciudad ha de ejercerlo primordialmente por la vía evangelizadora de la conversión, proceso que se desencadena fundamentalmente a través de la fuerza de la palabra y del testimonio.

Cuarta nota ha de ser su inserción preferencial en la pobreza y en los pobres, ya que, como han afirmado los Obispos del Brasil, "resulta útil situarse en el lugar social que permita contemplar mejor la condición estructural de la injusticia: el lugar de las poblaciones que más las padezcan".

Quinta nota de una Iglesia Urbana ha de ser su organicidad y corresponsabilidad estructurada, en la que quede perfectamente definida la función del colegio presbiterial, y la pluralidad en las formas del ejercicio del ministerio sacerdotal.

Sexta nota sería la aceptación y promoción interna a la Iglesia de las que, desde un punto de vista sociológico, llamaríamos asociaciones o estructuras intermedias, y que en lenguaje teológico denominaríamos comunidades carismáticas, en el sentido paulino. Estas permiten una Iglesia siempre viva, con capacidad de renovación constante e impostando prácticamente la libertad ganada por Cristo. Dichas comunidades pueden facilitar especialmente la presencia de la Iglesia en la pobreza y en los pobres.

Séptima nota es la de una Iglesia que sepa conjugar la gran comunidad —o cuerpo de salvación—, con las pequeñas comunidades, estableciendo una amplia red de microiglesias domésticas, en las que de hecho pueda vivir en fraternidad entre los cristianos en relaciones amicales y cercanas.

Octava nota es la atención personal a cada uno de los cristianos, promovida de diferentes maneras, de tal modo que si la Iglesia vive valientemente su misión hacia fuera, atiende simultáneamente a cada uno de sus miembros en todos sus problemas y necesidades.

Por último, frente al pesimismo, en tantas ocasiones reinante, la Iglesia, sin perder una clara conciencia crítica-pastoral de la realidad, ha de mostrarse como una comunidad siempre abierta a la esperanza, viviendo la alegría de la resurrección, por difíciles y complicadas que sean las situaciones bien externas bien internas en las que se encuentre.

Con estas nueve notas sólo pretendo describir muy someramente la nueva Iglesia Urbana que, bajo el impulso del Vaticano II, de Puebla y de las exigencias ambientales, comienza ya a perfilarse y a estructurarse en América Latina, y cuya imagen será cada vez más diferente de la tradicional Iglesia latinoamericana configurada desde su origen por una orientación misionero-colonial y establecida bajo un régimen de cristianidad, y en un contexto en el que predominaba la cultura rural.

Una Nueva Imagen Sacerdotal

El cambio de sociedad con el consiguiente cambio de Iglesia, conduce simultáneamente a un cambio de la imagen del sacerdote, fenómeno que repetidas veces se ha producido a través de la historia. Quiero presentar tentativamente algunos rasgos del nuevo modelo sacerdotal en sus aspectos más genéricos de cambio, aspectos que están presididos por las exigencias de un sacerdocio evangelizador más urbano y más misionero.

De hecho nos encontramos ante la exigencia del paso de un sacerdote ruralizado a un sacerdote urbano dentro de una dinámica industrial.

No se trata de un cambio de ubicación geográfica. Es algo mucho más profundo: se trata de inserción en un nuevo ambiente cultural, que denominamos como urbano-industrial.

1. El sacerdote rural, en el sentido que aquí le doy, es principalmente un tipo de sacerdote de quien exige el pueblo que sea la memoria viva de sus tradiciones religiosas, y el promotor constante de las viejas y seculares costumbres. Representa religiosamente un antiguo y tradicional orden, en nombre del cual corrije autoritariamente cualquier clase de desviaciones. La cultura rural tradicional es mítica, más apoyada en las experiencias del pasado que en las incertidumbres del futuro. Del sacerdote se espera que tenga la sabiduría del pueblo, la experiencia sensata de los antiguos, la seguridad de las tradiciones, el conocimiento de todas las generaciones de su comunidad.

En contraste, la nueva cultura urbano-industrial es una cultura fundamentalmente orientada hacia el futuro y la novedad, hacia las continuas reformas e innovaciones, como acertadamente ha apuntado Alvin Toffler

(El shock del futuro, Barcelona 1976). De esta manera, el sacerdote se ha de encontrar siempre frente a lo desconocido, sin fórmulas ni recetas tradicionales, con una capacidad de adaptación y de creatividad constantes. Los continuos movimientos migratorios del hombre de nuestra cultura urbana le obligan a conducir comunidades que siempre se encuentran en proceso de renovación, prácticamente carentes de memoria y de recuerdos. La memoria urbana es muy distinta de la memoria campesina. Del sacerdote urbano se exige su capacidad de adaptación a situaciones siempre nuevas, y la capacidad de encontrar nuevos caminos evangélicos para planteamientos inéditos, con esperanza abierta sobre el futuro, sin dejarse anclar en las añoranzas del pasado.

De otra manera: mientras al sacerdote tradicional rural se le pide una traducción del Evangelio principalmente en un contexto de experiencia y tradición, el sacerdote urbano de la nueva civilización, ha de ser creativo y adaptable, en una lectura evangélica realizada siempre en clima y talante de discernimiento ante lo nunca anteriormente planteado.

2. El sacerdote tradicional, en su contexto simultáneamente rural y de "cristiandad", se mantenía apoyado en su vocación por el mismo ambiente homogéneamente cristiano que le rodeaba. Como todavía percibimos en nuestro mundo campesino, el pueblo necesita y defiende a su sacerdote, admira sus virtudes y perdona sus pecados, pero lo quiere y, en este sentido, le ayuda a ser siempre sacerdote.

La civilización urbano-industrial es una cultura plural y abierta, donde todo es posible, en la que se acepta que todo siempre puede volver a empezar, donde se exalta la libertad de cada persona. Por eso el sacerdote de la nueva cultura se encontrará sin ambiente protector de su propia vocación. La fuerza y el sentido de su sacerdocio tiene que encontrarlo en su interior, y él mismo ha de tener capacidad de crear sus propios ambientes en los que pueda hallar el apoyo que todo hombre necesita para ser fiel a su compromiso inicial. Más aún, con frecuencia se sentirá tentado por otros ambientes, no sólo en dimensiones que podemos considerar como accidentales de su vida, sino también en la misma radicalidad de su sacerdocio y de su fe. Para él es necesaria la energía interna propia de los misioneros de todos los tiempos. Su sacerdocio ya no tiene una armadura externa que le sostiene en su debilidad. Tiene que encontrar su vigor en su fe y convicción profundas.

3. Otro cambio en la imagen sacerdotal, que promueve el paso de una cultura rural a otra urbano-industrial, es el de situar al sacerdote —no obstante las nuevas y diferentes formas posibles de ejercer su ministerio— en su función estrictamente evangelizadora y sacerdotal, incluso con la tendencia a marginarlo socialmente.

En efecto, en la cultura rural tradicional, bastante indiferenciada y, con frecuencia carente de resortes internos de promoción social, el sacerdote ha sido y es una importante figura social. El sacerdote junto a su ministerio más específico, ha sido el que construye iglesias, levanta escuelas, promueve centros de salud, abre guarderías infantiles, proyecta caminos nuevos y hace edificar puentes, y es la persona en la que siempre se reconoce una capacidad de influencia para la solución de problemas que no la tienen por vía ordinaria y administrativa.

La cultura urbano-industrial es mucho más compleja y socializada. Ella tiende a autoabastecerse de toda clase de servicios necesarios, al mismo tiempo que estos tienden a socializarse, perdiendo relieve el sacerdote en la denominada ciudad secular. El fenómeno ya comenzamos a advertirlo especialmente en el sector de las religiosas hospitalarias, que hoy comienzan a transformarse en funcionarias dentro de las grandes instituciones sanitarias.

Más aún, la cultura urbana distingue entre los servicios comunes y necesarios para todos los ciudadanos —como son las escuelas, los tribunales, los hospitales etc.— y las instituciones o asociaciones libres, entre las que se encuentran las agrupaciones religiosas dentro de un amplio ambiente de libertad y pluralidad religiosas. Desde esta perspectiva el sacerdote se reduce a ser el ministro de una de estas comunidades, casi un marginado social frente a las grandes instituciones seculares y socializadas de la ciudad.

En realidad, el sacerdote de la civilización urbano-industrial ha de aceptar el ser un humilde servidor del Evangelio, y desde su modesto relieve social —carencia de status institucional secular— ha de tener la audacia para denunciar los pecados y problemas humanos de la sociedad, y para anunciar un Evangelio de paz y de esperanza.

4. Por último, el sacerdote de una civilización urbano-industrial ha de ser de una gran flexibilidad y liberalidad para poderse adaptar a todo tipo de situaciones, tendencias, ideologías, modos de vida. Ha de saber vivir en la pluralidad y para la pluralidad. Pero, esta flexibilidad ha de quedar unificada por la entereza de su fe y por el fervor de los santos, que simultáneamente se abre en fidelidad a Cristo y a la Iglesia, en recia expresión de libertad evangélica, y en radical postura de servicialidad al hombre y a la sociedad en la que vive.

El sacerdote rural permitía una imagen bien diferente. Una cierta inflexibilidad le es exigida por la pervivencia de una tradición que se mantiene y repite en el avance de las generaciones. Su función es la del presbítero, el más viejo, característica de las culturas tradicionalistas. El fervor de su vida puede quedar paliado en muchas circunstancias por su prestigio institucional en la comunidad, en la que hay una prevalencia estimativa de la santidad objetiva sobre la subjetiva. Su servicio puede quedar perfectamente conectado con una rígida autoridad vertical sacralizada.

La sociedad urbano-industrial exige otro tipo de sacerdote, dado que en el campo religioso valora más la autoridad moral —la de la santidad subjetiva y el testimonio— que la objetiva que pueda tener al interior de su comunidad. Desconfía de los hombres conservadores que miran con prejuicio al cambio y al futuro. Se subleva contra los que vienen a imponer nuevas y complicadas leyes, mientras acepta con alegría a los que impulsan un movimiento de renovación dentro de un proceso de humanización progresiva e indefinida. Pone su confianza en la difícil síntesis del binomio “presbítero-neótero”.

5. Estos cambios radicales de la imagen sacerdotal —y similarmente de los consagrados— no son meramente externos y ambientales, sino que afectan internamente a muchas de las vocaciones que comienzan hoy, y

del mismo modo afectarán a todos los sacerdotes que han de cumplir su función en el contexto de la nueva civilización. El sacerdote del año 2000, recordando la imagen sacerdotal o religiosa en la que nació su vocación, podrá sentir la duda sobre su propia identidad; se preguntará por su papel y su sentido en el nuevo contexto. Su desconcierto puede llegar a ser de tal grado, que no sería extraño que el Señor tuviera que volver a repetir su pregunta ante la nueva generación sacerdotal que ha tenido que sufrir el cambio: "¿Queréis iros también vosotros?" (Jn 6,67).

V. Exigencias para una Pastoral de Promoción Vocacional

No pretendo en este momento trazar un plan de pastoral vocacional que promueve vocaciones para el sacerdocio y la vida consagrada. Sólo intento exponer algunos grandes principios para cualquiera que sea el plan o el sistema concreto, en la medida en que se oriente a la juventud que ya se encuentra marcada por la caracterización de la cultura urbano-industrial, como en el caso de Pablo que era un miembro típico de su civilización urbano-comercial-imperial.

1. Como punto de partida, pienso que una pastoral de este tipo ha de dirigirse a todos los ambientes donde se encuentra la juventud urbana sin timideces de ninguna clase. Lo mismo ha de realizarse en la universidad que en las fábricas, en los suburbios de la pobreza que en los polígonos de la riqueza. El Señor llama donde quiere, y es importante que la contestación al pecado de la sociedad urbano-industrial junto al seguimiento a Jesús y a su proyecto quede representado por todos los sectores, iniciándose de esta manera la reconciliación en Cristo y en el colegio presbiteral de los ambientes que se enfrentan socialmente entre sí.

2. El llamamiento vocacional ha de iniciarse, como en el caso de Pablo, con un fuerte encuentro con Jesús que, en nuestro caso, normalmente ha de coincidir con un enérgico encuentro con una Iglesia perfectamente identificada con su ser y con su misión, al menos en sus personas más caracterizadas, y con una clara sensibilidad urbano-industrial.

Por ese motivo, en la promoción de las vocaciones, es de extraordinaria importancia la renovación de la imagen episcopal, en la que ha de sobresalir su dimensión de pastor de la comunidad y cabecera misionera de la Iglesia, lleno de un fervor en su fe que se manifieste en la promoción de la vida de oración y en la defensa cristiana de su comunidad y del pueblo. Es el pastor dispuesto a morir por sus ovejas.

Similar importancia tiene la imagen de los sacerdotes, especialmente de los directamente comprometidos con este apostolado. Siguiendo las indicaciones paulinas, han de sobresalir por su honestidad de vida y responsabilidad social, por el testimonio evangélico de su vida en medio de la ciudad corrompida, y por la compenetración con una fe en Jesucristo y en su sistema evangelizador para la transformación integral y comunitaria de la sociedad.

En general no podemos olvidar que el núcleo dinámico del llamamiento no se expresa tanto por ideas como por imágenes y, más en concreto, por imágenes de forma de vida, reflejadas en personas concretas.

3. La orientación del llamamiento ha de estar dominada por el amor salvífico y liberador de la sociedad a la que profundamente se ama. En ningún momento puede quedar marcado por una amargura escéptica que invita a una retirada de la sociedad. "De tal manera amó Dios al mundo", es el comienzo dinámico de toda vocación.

Pero el amor ha de conducir a la nueva vocación a una crítica que le ayude a discernir los valores de los antivalores, el ethos y el humanismo de una civilización urbano-industrial, lo mismo que las contradicciones profundas en las que se encuentra de hecho sumergida. El llamamiento es hacia grandes ideales por los que vale la pena de entregar la vida con la conciencia objetiva, desde el Evangelio, de la realidad en la que se vive inmerso.

4. El primer encuentro con la vocación ha de conducir a las exigencias y renunciaciones que implica, con una acentuada mística de la heterogeneidad.

Durante un tiempo ha existido una tendencia a la homogeneidad del "llamado" y del "consagrado" con los demás, de tal manera que había un deseo de que no se advirtieran las diferencias. Esta tendencia, que en ciertos aspectos es perfectamente justificable, en muchos casos se exageró de tal manera que condujo a la disolución de las vocaciones, dado que se encuentra en franca contradicción con la metodología vocacional expuesta por el Señor desde el principio.

La heterogeneidad hay que marcarla principalmente en los siguientes puntos, que responden a la problemática de nuestra civilización urbano-industrial: Honestidad frente a la inhonestidad reinante; pureza radicalizada (celibato) frente al erotismo; austeridad y pobreza frente al consumismo; integración comunitaria y fidelidad a la comunidad, frente al individualismo; reconciliación evangélica, frente a la violencia; trascendencia y espiritualidad, frente al materialismo.

Se trata de la mística de un hombre nuevo y distinto en una sociedad de pecado como camino para la promoción de una sociedad nueva. Sólo el fermento puede transformar una masa. Cuando el fermento se hace masa no sirve para nada.

5. Típico de la sociedad urbano-industrial son las asociaciones o clubes juveniles con finalidades específicas, que se muestran en las formas concretas de estructurarse. Es en estos clubes donde la juventud logra expresarse en libertad, donde se establecen las amistades por sintonía. Su réplica en el plano de las agrupaciones vocacionales nos parece fundamental, en contacto con maestros "juveniles" que puedan orientarlos y sintonizar con ellos. En la mayoría de las agrupaciones vocacionales sería interesante disponer de un sencillo local donde los jóvenes pudieran expresarse en su nueva opción.

6. Dichas agrupaciones no pueden aislarse, sino que desarrollando internamente una iniciación a la vida de oración, han de mantener frecuentes conexiones con diferentes tipos de comunidades eclesiales, que sean eminentes por su vida evangélica; y con el ambiente, aunque estas últimas conexiones han de estar imbuídas de una característica dimensión apostólica.

Discernimiento sobre los Candidatos

Hoy, en muchas de nuestras naciones son numerosos los candidatos para la vida sacerdotal y consagrada. Pero nuestra preocupación por llenar numéricamente unos cuadros pastorales necesarios ya y para el futuro, hay que conjugarla con una política de selectividad evangélica. Es luminosa para nosotros la postura de Dios con Gedeón, cuando éste marchaba hacia el campamento de los madianitas: "Mucha gente llevas contigo, Gedeón" (Jue. 7). Lo importante no es tanto el número como la calidad evangélica de los agentes pastorales. Esto es especialmente válido para periodos de acelerado cambio cultural, en los que el propio sacerdote o religioso va a ser sujeto de crisis profunda y sometido a fuertes tentaciones ambientales.

La selectividad y el discernimiento sobre los candidatos han de quedar orientados prioritariamente por la clarificación de las motivaciones que dinamizan vocacionalmente a los jóvenes, y por la constatación de un cuadro elemental de cualidades básicas.

Las motivaciones han de ser especialmente analizadas cuando los candidatos descubren su "vocación" en momentos de frustración, en ambientes familiares o sociales de los que desean huir, en situaciones de rechazo de la imagen del varón o de la mujer, en momentos psicológicos de ansiedad, en el deseo de una rápida salida humana o de una promoción social etc. En muchas ocasiones, estas motivaciones profundas quedan enmascaradas, incluso para el propio candidato. En esos casos es necesario ayudarlo a concientizarlas, al mismo tiempo que se le descubren diferentes posibilidades de realización humana y cristiana, independientemente de la sacerdotal y religiosa.

Como cualidades básicas considero las siguientes. Ante todo, la sinceridad consigo mismo y con los demás, de tal manera que quede garantizada una capacidad de transparencia indispensable que no permita al candidato teatralizar su vida. Cierta capacidad de entrega y sacrificio en función de los ideales. La garantía de poder vivir con integridad una vida celibataria, además de una valoración proporcionada de esta forma de vida. Constancia y energía para mantener la fidelidad a sus compromisos. Conciencia de la propia capacidad para poder realizar la vida por otros caminos diferentes. Suficiente capacidad intelectual para una preparación adecuada al tipo de servicio pastoral que tendrá que realizar. Y especialmente, la constancia de una sólida fe y de una estima por su fe.

VI. Pastoral de la Formación de Sacerdotes para el Año 2.000

Muchas de las vocaciones de nuestros seminarios proceden de ambientes rurales y campesinos, como la mayoría de los discípulos que seleccionó Jesús para constituir el primer grupo del que saldrían los futuros Apóstoles. Pero, en el proceso de formación hay que tomar conciencia de que si su vocación de hecho ha surgido en un determinado medio cultural, que podemos simplificarmente calificar como rural-tradicional, su sacerdocio lo van a realizar en otro urbano-industrial, aunque sean destinados por sus Obispos a los mismos ámbitos geográficos de los que proceden. Además hay que tener en cuenta que la cultura

urbana, en general, tiene una mayor capacidad de adaptación a las culturas rurales, que no la inversa.

En este tipo de situación cultural cambiante es necesario seguir las perspectivas de la pedagogía practicada por el Señor con sus discípulos, como ya anteriormente indicamos.

A continuación apuntamos algunos rasgos más importantes para este tipo de formación, que sin negar las raíces de donde se procede, conduce al formando a capacitarse para ser sacerdote en el ambiente de una cultura más universal.

Insistencia en la Formación

1. En primer lugar, la formación ha de atender al desarrollo de una fe profunda y personalizada, y a la iniciación de una seria y ágil vida de oración, especialmente personal. En la medida en que el ambiente pueda ser más hostil o indiferente a la vocación de los futuros sacerdotes y religiosos, más necesidad existe de que éstos sepan encontrar en su propia interioridad el contacto con Dios, la fuente de energía que mantenga y desarrolle la fidelidad y el entusiasmo por su propia vocación y misión.

2. Al formando se le ha de ayudar a un crecimiento en la valoración del Evangelio y de la comunidad eclesial, como lugar privilegiado para vivir la presencia de Jesús, el encuentro con los hermanos que tienen la misma fe, y el entusiasmo de un cuerpo dinamizado para la evangelización de la nueva cultura. Esto exige que se le desarrolle su necesidad y capacidad para vivir en comunidad eclesial; que descubra con gozo la dimensión profunda y comunitaria de la vida sacramental; que se le capacite para el discernimiento en el diálogo, y se le oriente sobre el misterio de la caridad vivida también en relaciones de amistad en el Señor.

3. Dimensión especialmente difícil es prepararlo simultáneamente para integrar equilibradamente la conducción y el servicio; el saber impulsar siempre hacia nuevos horizontes mientras se respeta el proceso de maduración propio de toda persona y comunidad humanas; el conjugar la fortaleza en las exigencias del Evangelio, y el comprender y compadecerse de la debilidad de los hombres.

4. La formación tiene que ser humana, pero no blanda, dado el mundo en el que han de vivir. El entusiasmo por el celibato, por la austeridad y la pobreza de los futuros sacerdotes, en medio de un mundo muelle y erotizado, tiene que tener su expresión ya en el mismo marco de la formación. La fortaleza ante las dificultades múltiples del futuro ha de ser pedagógicamente desarrollada durante los mismos años de la formación. De suyo, toda formación auténticamente sacerdotal ha de tener en su horizonte el proyecto de un sacerdote entusiasmado por su misión evangelizadora, y con la disponibilidad martirial de "una sangre derramada por vosotros y por todos los hombres". Hoy vivimos en una América Latina bajo el signo del martirio. Nuestros sacerdotes se han de preparar para la abolición del homicidio —sea cual sea su forma— y para la aceptación del martirio, a ejemplo de Jesucristo y de los Apóstoles.

5. En períodos de transición, es necesario preparar al agente de pastoral con un sentido de realismo evangélico que le permita poder conjugar la tradición y la novedad, el pasado y el futuro. En situaciones de cambio conviven simultáneamente varias generaciones: generaciones de la antigua tradición y generaciones proyectadas al futuro, cuando no al futurismo. Y desde el punto de vista pastoral, los hombres no han de ser evangelizados por su pertenencia a una generación, sino sencillamente porque son hombres, respetando las correctas características de cada uno de ellos. Cuando falta este respeto inicial se bloquea la evangelización de las generaciones plurales, e incluso se suscita la violencia entre ellas.

6. También es necesaria una formación intelectual y pastoral que genere en el sacerdote el hábito de la formación permanente. La cultura urbano-industrial es una cultura dinámica y abierta, en la que envejecen continuamente no sólo las respuestas sino los mismos cuestionamientos, y que exige en sus conductores una agilidad mental para incorporarse a cada nueva situación, y una creatividad para encontrar la palabra nueva que pueda iluminar la marcha hacia un futuro siempre abierto. De otra manera el sacerdote se sentirá pronto envejecido y desplazado, lo que se constituiría en una nueva fuente de tentación e inseguridad interna con relación a su vocación y misión.

Pedagogía Evangelizadora

Los objetivos de la formación en el seminario han de ser claros y mantenidos con fortaleza durante todo el largo proceso, pero han de ser acompañados con un coherente sistema pedagógico que denomino como pedagogía evangelizadora latinoamericana específica para sacerdotes o personas consagradas.

El tema es excesivamente amplio y desborda las posibilidades y las exigencias de este trabajo. Su desarrollo lo he iniciado en un artículo que he titulado "Una pedagogía evangelizadora para América Latina" (Véase en *Acción* n. 50, pp. 3-11, Asunción 1981). Pero sería necesario estudiar conjuntamente el tema y su aplicación a la pedagogía específica de nuestros seminarios y centros de formación de personas consagradas.

Termino aquí mi exposición. Las reflexiones que he compartido en esta ponencia unidas a las inquietudes de este Congreso, me hacen ver a Jesús caminando por el nuevo paisaje urbano-industrial de nuestro continente queriendo suscitar vocaciones en medio de una juventud que se llama Saulo y que pueden ser los Pablos del año 2000. Lo veo agrupando a jóvenes campesinos latinoamericanos, de las diferentes culturas, en el contexto de nuestros seminarios, con la esperanza de que con ellos se implemente una pedagogía que transforme a estos discípulos galileos en los apóstoles de una América nueva urbano-industrial.